

sido relegadas á tan completo olvido por nuestra ciencia protestante? ¡Qué de extravíos hubieran podido evitarse con solo tenerlas presentes!

¡Que la ciencia católica no es ciencia, porque es irracional, porque es retrógrada! ¿Sí? Pues mirémoslo.

Lánzase el libre exámen por el mundo dizque para regenerarlo. Prométenos la luz de las afirmaciones y nos conduce á las tenebrosidades de la duda (escepticismo), ó á los abismos de la negacion (ateismo). Proclama en todos tonos la libertad de la que es hijo, y acaba por encadenarnos, (determinismo) y hacernos míseros esclavos de la inflexible ley del número (positivismo). Prométenos, en fin, la paz, la felicidad social, *todo*; y nos quiere hacer actores—diré víctimas—en la perpetua lucha promovida por él entre tiranos y anarquistas (socialismo); anarquistas cuyo grito de guerra es *nada! nihil!* Es racional esto, Señores?

Ahora por el anverso.

Razon humana: tus altos destinos te llaman á conocerlo todo; pero ¿lo puedes sola? ¿No ves que tú misma eres parte de ese todo? ¿cómo la parte ha de comprender el todo? ¡oh! ¡cuánto ignorarás por siempre si no se te revela! ¡cuánto ignorarías si no se te enseñara! Sé dócil: el maestro cerea está: hállalo, atiéndele.

¡Ah, Señores! En los espacios, en los dominios intelectuales tambien hay planeta Tierra. Y si no es dado al hombre inteligencia posar su planta mas allá de su magnífico, de su esplendente observatorio; puede, sí, con el telescopio de la revelacion, descubrir cielos y cielos en los confines de su saber, allí donde su simple vista—su razon sola es decir—perspicaz como es, no acierta á descubrir mas que oscuros, insondables abismos. ¿Es esto irracional, Señores?

Prosigamos.

Hoy que el método gráfico ha comunicado tan vigoroso impulso á las ciencias de observacion, venid y ensayemos construir, al ménos bosquejar, la curva de la humanidad en su marcha. Ved: la abscisa es el tiempo; la ordenada, *hacia adelante*, la civilizacion. Crece la abscisa, la ordenada tambien. Transcurre el tiempo, aumenta la civilizacion tal como se entiende hoy. Esta es la ley del progreso material. La curva (porque es curva) por este procedimiento construida ¿nos representa ya la marcha de la humanidad triunfante? Todavía no, Señores. ¿Qué no veis que los pueblos, esas fracciones de la humanidad, se elevan ó se abaten alternativamente por su turno? Bárbaros ó civilizados, como los encontréis, ¿no es cierto que unas veces ascienden hasta las regiones puras de la heroicidad y de la abnegacion, y otras por la inversa se arrastran por el inmundo cieno de la abyeccion y del egoismo? La direccion de la humanidad es la resultante de las direcciones parciales de los pueblos que la forman: la humanidad tambien sube ó desciende. Para trazar, pues, su curva, quizá su trayectoria, es pues indispensable tomar en consideracion la tercer coordenada, la coordenada en el sentido vertical.

Y ¿cuál será ella? Señores; la coordenada de la *moral católica*. ¡Sí, porque los pueblos, no importa hayan sido anteriores al cristianismo ó sean ahora extraños á él, se elevan tanto más cuanto más *en sus actos* se aproximan á la moral católica ó se alejan ménos de ella. Y esa moral sublime parte integrante es de la ciencia toda. Por eso la católica no solo no se opone al progreso de la humanidad, sino la enaltece y dignifica. ¿Dónde está entónces el cargo de *retrógrada* con que saherirla se pretende? La marcha ascendente ¿acaso es contrapuesta á la marcha progresiva? El mundo marcha; pe-

ro solo que al avanzar se eleve, la humanidad caminará en línea recta, que no curva, al foco de las inteligencias, al centro de la felicidad suprema.

Otro de los caracteres dominantes de la ciencia católica es que, sintética en sí misma, caben en ella las mas grandiosas síntesis. Me explicaré, Señores.

La ciencia humana ha tenido cuatro períodos bien marcados.

En Grecia, con el problema del universo al frente, pero careciendo de datos para resolverlo, y en su innata ambición de todo abarcar, de explicar todo, aventura hipótesis que revelan la infancia de la filosofía. Según Tales, el agua; según Ferécides el aire es el principio universal. Este primer período es *hipotético*.

Bien pronto el humano espíritu convencióse de su impotencia para comprender así de golpe la máquina del universo. Entónces dividióse el trabajo. Unos estudian las combinaciones de los números; otros la naturaleza sensible: estos las leyes del pensamiento; aquellos los actos de la voluntad. Ya no el universo, sino alguna de sus facetas fué objeto del estudio. Período *analítico* cuya duración se extiende á muchas centurias.

A medida que se subdividía, profundizábase; y descubrióse que los seres ligados están entre sí admirablemente: de manera que para estudiar á unos es preciso adquirir también el conocimiento de otros muchos. Así el tercer período es el *enciclopédico* que se hizo muy notable á fines del pasado siglo.

Hoy por fin, sin desechar las afortunadas hipótesis que adivinan á veces los secretos de la ciencia; sin dejar de proseguir, siempre con el precioso análisis, descubriendo mas y mas; sin proscribir, sino antes bien organizando los estudios

enciclopédicos; y utilizando los datos adquiridos en los períodos anteriores, la inteligencia humana quiere ahora reconstruir. Apasionada por la unidad, estudia con avidez los sistemas cósmicos que surgen aquí y acullá. Las síntesis la atraen y por ello, las grandes teorías, para serlo, para sobrevivir á su crítica, tienen de ser rectoras. Estamos pues, en el período *sintético*. Tales son las exigencias del siglo: tal ha sido la evolución de la humana filosofía.

Pues mirad que en la doctrina católica perfectamente caben, como arriba apunté, aun las síntesis mas avanzadas. Para ello concededme que os la muestre desde el punto de vista en que al principio me coloqué; y venga en mi auxilio la astronomía novísima.

Hay, Señores, otros mundos hermanos del nuestro que habitamos. Allí también el astro del día emite sus deslumbrantes rayos sobre apacibles lunas que, unas en pos de otras, difunden por la noche claridad melancólica: allí también la luz crepuscular hiende atmósferas aéreas, y se transforma en primorosos iris al penetrar los bordes de nubes vespertinas; allí también los niveos copos brillan con vívidos reflejos antes de ceder el paso á las pintadas flores de hermosa primavera; y todo inclina á creer que allí también hay vida, y aromas y armonías; y seres que sienten y almas que comprenden tan grandes maravillas... ¿Y mas allá? Soles gemelos que, luciendo con luz de oro y topacio ó de esmeralda y plata, vivifican astros donde moran seres afines á nosotros... ¡Cielos! Y qué ¡aquellas humanidades recorrerán también el áspero camino que la de nuestra tierra mísera? ¡Ah! ¡cuántas, cuántas de ellas, dichosas aún, no habrán delinquido! ¡cuántas sí, sin ser todavía regeneradas! ¡cuántas habrán llegado ya á su término, á ese *desideratum* por el que nosotros los mortales de aquí exhalamos sin cesar suspiros prolongados!

Entre tanto ¿qué suerte correrá nuestro planeta? Probablemente, antes que transcurran los años por millones habrá de perecer sea que el fuego central lo haga pedazos, sea que fuerzas perturbatrices alteren los elementos de la órbita terrestre, é impeliéndola hácia esa inmensa hoguera que ahora lo vivifica y lo abrasará entónces, produzcan espantosa conflagración. *solvat seclum in favilla*; pero la especie humana. no perecerá. En el curso de los tiempos los siglos no son siglos: son horas, son instantes. Y ¡qué! la humanidad terrestre despues de tanto afán ¿habrá asistido al banquete de un día, para ir despues en derecha á la privación absoluta del no ser? No, Señores: habrá una selección superior, y aquellos que se hubieren elevado progresando, morarán despues, no en este astro entónces en pavezas convertido, sino en otras esferas y otros cielos (que si la tierra desaparece, el universo subsistirá); y no por vía de metempsícosis absurdas, sino de sempiterna resurrección.

A esas esferas acudirán también las otras humanidades hermanas de la nuestra, si las hay; y los dichosos seres moradores de aquellas felicísimas mansiones, alados ó no, trasportaránse de un sol á otro sol; de una á otra nebulosa; de un cielo á otro cielo; y sus espíritus serán arrebatados en éxtasis al contemplar frente á frente la verdad pura; y sus corazones se *unificarán* en comunicaciones íntimas; y sus gloriosos cuerpos, dotados quizá de organismos aquí desconocidos, harán sentir deliquios inefables, sí, inefables; porque *el ojo no vió, ni el oído oyó lo que Dios tiene preparado á los que le aman*.

¡Oh síntesis sublime! ¡oh ciencia arrobadora! Tú explicas cómo las almas se unifican, tú marcas el destino de las inteligencias que pueblan los espacios inmensurables!

Voy á concluir, Señores.

Ninguna dificultad ofrece ya convencernos de que la doctrina salvadora de que tanto necesitamos es esa misma eminentemente racional, progresista, sintética que acabamos de analizar. El signo aquel, el distintivo que en lo futuro deberá distinguir al defensor de la sociedad de su enemigo, es el profesar la católica doctrina. Sigamos profesándola, pues; seamos buenos católicos y por el mismo hecho seremos fieles defensores de los sacratísimos derechos de la humanidad.

¡Oh vosotros, los hombres pensadores de recto juicio, de humanitario corazón, que sinceramente buscáis remedio á las desgracias que nos afligen! ¡oh vosotros también hombres honrados, quienes quiera que seáis, que defendéis el orden por convicción! venid á nuestro lado: aquí estamos para ayudaros en vuestros propósitos laudables. Si no estais incorporados en nuestra comunión, incorporaos y trabajemos de acuerdo en esta gran empresa, la empresa de la liberación comun.

Y vosotros, padres de familia, para vuestros hijos ¿qué queréis? Para ellos la ciencia, para ellos la instrucción. Meritorio querer. Pero ¿qué doctrina les inculcáis? Mirad que se trata de su porvenir. ¡Son tantos los sistemas, son tantas las doctrinas que hasta los talentos más privilegiados se extravían! ¡Ah! en medio de esta Babel en que nos encontramos, en medio de esta confusión espantosa en que cada uno se expresa, si quiere, en un idioma singular, te suplico, Dios mío, no me retires el insigne beneficio de hablar el lenguaje católico, el lenguaje de la verdad; y te pido de veras que mis hijos, esas prendas de mi alma, esos pedazos de mi corazón, ni ahora ni despues que mis ojos se cierran para siempre á la luz de esta angustiosa vida, jamás por jamás se aparten de tu santísima doctrina.

Tú, juventud querida, acércate; ya veo en tu frente inscrito el signo del católico; inclínala para ceñirla con el laurel del triunfo. Dios abre ante tus ojos el libro de la naturaleza; lee en él y descifra sus adorables misterios. Mira qué vasto campo se te ofrece: descubre las leyes que rigen los grupos estelares: aprende á transportarte en el espacio con la fijeza misma con que lo hicieras por ferrea directriz: obliga al luminoso éter á que grave tu imagen fiel hasta en los colores: suspende la marea, deten el huracán como hoy el rayo: realiza los ensueños de Julio Verne; que alguno de entre ellos es ya una realidad.

No temas, alza el vuelo: cada arcano que reveles será una flor que deposites en aras de tu Dios. No temas lanzarte del mundo al proceloso mar; tu brújula es tu fé; y aunque te parezca que vas á naufragar, no temas; que escrito está por Juan el apocalíptico, que *la verdad, sí, la verdad te salvará.*



Poesía pronunciada por el Sr. D. Jose Maria Carrillo,
 EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS
 DEL
Liceo Católico.

¡Lozana juventud, yo te saludo!
 Amplio mi pecho junto á tí respira.
 Tú, de la Patria escudo,
 Haces que vibren con su acorde rudo
 Los pesados bordones de mi lira.
 Por tí vengo á cantar y á preguntarte:
 ¿Qué has encontrado aquí? Dime. Yo ansío
 Penetrar los arcanos de la ciencia,
 Los secretos del arte,
 Y llenar el vacío
 De mi menguada y pobre inteligencia.
 Dime ¿es aquí do la razón impera,
 Augusta y magestuosa,
 Donde sienta su trono la altanera,
 La soberana y fulgurante diosa?
 Ella es, me han dicho, del saber profundo
 La poseedora y absoluta dueña,
 La que la causa enseña
 De cuanto existe sobre el ancho mundo,

Y en portentosos vuelos,
 Remontándose audaz y esplendorosa,
 Su vista perspicaz y poderosa
 Penetra el fondo de los mismos cielos.
 Ella, con soberano magisterio,
 Nada descubre que su vista asombre;
 Para ella no hay misterio,
 Y al encontrar al hombre en su camino,
 Certera da del hombre
 El origen, la marcha y el destino;
 Que en él nada revela
 Vestigio alguno de divino sello,
 Ni su frente riela
 De un ilusorio Dios con el destello:
 Libre es su corazón, libre su aliento,
 Su conciencia, su fé, su pensamiento.
 Su amor que siente, su ambición que eleva,
 El pesar que le abate,
 De sus nobles pasiones el poema,
 Efectos son de un músculo que late
 Y del ardiente oxígeno que quema.
 Que si la muerte con fatal rudeza,
 En el sepulcro, déspota, le encierra,
 Generosa la tierra,
 Tanpreciado tributo
 Restituye á la gran *Naturaleza*
 Cambiado en planta y madurado en fruto;
 Y su mente creadora y prodigiosa,
 Que, á la potente voz del pensamiento,
 Edifica ó derrumba,
 Es la flor que se mece silenciosa
 Sobre el tranquilo suelo de su tumba.

Que la razón, en fin, con tentadora
 Persuación que á su imperio nos somete,
 El reinado del mundo nos promete,
 Si cayendo de hinojos se la adora.....
 Oh! Dime, juventud, dime, responde
 A mi inquietud, de ciencia codiciosa:
 ¿Es aquí do se esconde,
 Y donde se halla el fúlgido vestigio
 Del hada misteriosa
 Que sabe realizar tanto prodigio?

 Mas te veo sonreír; en tu mirada
 Algo grave y sublime resplandece,
 Y tu frente aparece
 Serena, iluminada
 Por la tranquila luz de tu conciencia.....
 Es más alta tu ciencia,
 Es otra la deidad á quien das culto,
 Tu aspiración asciende á lo infinito,
 Y en caracteres de divino bulto,
 En tu pecho VERDAD llevas escrito.
 Tu ciencia es la verdad, que de Dios mana,
 Magestuosa, imponente,
 Y á la razón altiva é impotente
 La salvadora Fé da por hermana.
 Tu ciencia todo esplica
 Con sencillez severa;
 Ella descubre del saber el vélo,
 Fecunda, al corazón lleva consuelo,
 El alma eleva á Dios, ama y espera.
 Y entre sus libros, que verdades sellan,

Magestuosos descuellan:
 El Génesis fecundo,
 Que los secretos guarda de la tierra,
 Ese libro que encierra
 El órden de los cielos y del mundo,
 Del hombre el alta cuna,
 La su aurora galana,
 Y su prosapia regia y soberana.
 El Evangelio eterno é inmutable,
 En medio de los siglos siempre abierto,
 De inextinguible resplandor cubierto,
 De enseñanza inefable;
 El libro de la luz, que luz fulgura
 De doctrina sublime,
 El que á la humanidad sencillo imprime,
 Con su dulce poder, marcha segura;
 El que, inspirado en la palabra eterna,
 Desarrolla el progreso verdadero,
 Que con disfraz ridículo y grosero
 Nos pinta la mendaz charla moderna.
 Asimismo, á tu lado,
 Su claridad sobre tu senda lanza
 Otro libro divino:
 La magistral, angélica enseñanza
 Del doctor inspirado,
 Del inmortal filósofo de Aquino.

Y robusta en la fé, que al cielo escucha,
 Tambien del mundo material señora,
 La ciencia, del error dominadora,
 Pone á tus pies las armas de tu lucha:
 El correcto compás, el fiel sextante,

La lente poderosa,
 La audaz palanca, y el vapor pujante;
 El prisma que, ingenioso,
 Arrebata á la luz el iris gayo,
 La brújula certera,
 Y en vaso de cristal opreso el rayo;
 Mientras sumisa aguarda tus decretos,
 Ante tu audacia la materia absorta,
 Que quiere revelarte sus secretos
 En el fondo de cálida retorta.
 Doquier tu genio impera,
 Sondeas el firmamento,
 Y en su dominio el águila te espera,
 Cuando obediente te conduzca el viento
 En la hinchada y flotante mongolfiera.

.....
 Eso has hallado aquí, donde se enseña
 La católica ciencia,
 La verdadera dueña
 Del potente saber, la que en sus vuelos
 No cae del error en el abismo;
 La que te da anhelado,
 Como premio grandioso á tus desvelos,
 El preciado dominio de sí mismo,
 Y del mundo el reinado,
 Y el inmortal reinado de los cielos.

Por eso el galardón de tus tareas
 Hoy recibes aquí, noble y honrada;
 Por eso tu mirada
 Feliz y satisfecha centellea.
 Por eso, placentera,

La cántiga te traigo que me inspira
 El alma cariñosa que te admira
 Y el corazon patriota que en tí espera;
 Mientra su acorde rudo
 Lanza en tu honor mi lira temblorosa.....
 ¡Adelante, falange poderosa!
 ¡Laureada juventud, yo te saludo!

Querétaro, Setiembre 21 de 1886.

José María Carrillo



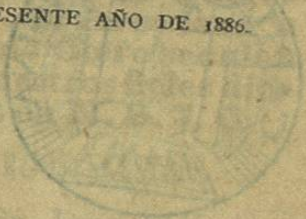
CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. OBISPO DE QUERÉTARO

Dr. D. Rafael S. Camacho,

PUBLICANDO LAS ENCÍCLICAS "IMMORTALE DEI"
 Y LA QUE ABRE UN JUBILEO
 EXTRAORDINARIO PARA EL PRESENTE AÑO DE 1886.



QUERÉTARO.

TIPOGRAFIA DE GONZALEZ Y C^o

Santa Clara núm. 2.

1886.

1887.